

121
S.
63138
56
V.3
1818



FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
M. S. R. S. S.

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

EL MUNDO COMO VOLUNTAD Y COMO REPRESENTACIÓN

COMPLEMENTO DEL LIBRO TERCERO

CAPITULO XXIX (1)

DEL CONOCIMIENTO DE LAS IDEAS

La inteligencia, á la cual hemos considerado hasta ahora en su estado natural y primitivo de instrumento al servicio de la voluntad, se nos presenta en este tercer libro emancipada de dicha servidumbre, si bien debo advertir inmediatamente que no se trata de una emancipación definitiva, sino muy corta y excepcional; de una liberación que puede decirse que es solo momentánea. Como esta materia quedó suficientemente explicada en el primer volumen, solo añadiré aquí algunas consideraciones complementarias poco numerosas.

Como dijimos en el § 33 del primer volumen la inteligencia, en tanto que sirve á la voluntad lo cual

(1) Este capítulo se refiere á los §§ 30 á 32 del primer volumen.

es su función natural, conoce solamente las relaciones de las cosas: es á saber, primeramente sus relaciones con la voluntad á la cual dicha inteligencia pertenece, relaciones que convierten á las cosas en motivos. Después, para completar este primer conocimiento, conoce también las relaciones de las cosas entre sí. Esta última clase de conocimiento solo adquiere importancia y extensión en la inteligencia humana. En la de los animales, aun tratándose de aquellos que la posean bastante desarrollada, este segundo conocimiento queda confinado dentro de límites muy estrechos.

Es evidente que, la comprensión de las relaciones recíprocas que median entre las cosas, solo sirve á la voluntad *mediatamente*. Es pues, la transición al conocimiento puramente objetivo, independiente de la voluntad; aquélla es el conocimiento científico, este el conocimiento artístico. En efecto, cuando descubrimos las numerosas y diversas relaciones de un mismo objeto, su esencia propia se destaca con creciente claridad y acaba por mostrarse como compuesta enteramente de relaciones, si bien permanece siempre diferente de ellas. En esta forma de concepción, la subordinación de la inteligencia á la voluntad, se hace cada vez más indirecta y más débil. La inteligencia tiene bastante fuerza para sobreponerse y para descuidar por completo sus relaciones con la voluntad, no abarcando más que aquello que al través de todas las relaciones se manifiesta, es saber: la esencia puramente objetiva del fenómeno.

Entonces, al mismo tiempo que se emancipa (la inteligencia) de la voluntad, se aparta de la concepción de las meras relaciones y por consiguiente de la del objeto como objeto individual. Entonces vuela libremente desligada de toda volición. En el objeto individual no

ve más que aquello que es *esencial* al mismo ó sea la *especie*; su objeto actual son las ideas, en la acepción que doy, de acuerdo con Platón, á esta palabra de que se ha abusado tanto; son las formas eternas, inmutables, independientes de la existencia temporal de los individuos; son las *species rerum* que forman el elemento puramente objetivo de los fenómenos.

Una idea, de este modo concebida, no es todavía la esencia misma de la cosa en sí, puesto que ha nacido del conocimiento de meras relaciones, pero como resultante de la suma de todas las relaciones, constituye el carácter propio del objeto; es la expresión completa del ser percibido como objeto, —percibido no en relación con una voluntad individual, sino tal como él mismo se manifiesta y tal como determina el conjunto de sus relaciones, que eran lo único que hasta entonces conocíamos.—La idea es la raíz común de todas esas relaciones, por consiguiente, ella es el *fenómeno* completo y perfecto, ó como dije en el primer volumen, la objetividad adecuada de la voluntad en aquel grado de su manifestación. La forma y el color, que son elementos inmediatos en la percepción intuitiva de la idea, en el fondo no le pertenecen. No son más que el intermediario por virtud del cual se manifiesta, pues en rigor el espacio es tan ajeno á la idea como el tiempo. El neoplatónico Olimpiodoro dijo ya en su comentario sobre el *Alcibiades* de Platón que la idea, en sí, no siendo extensa, comunica la forma á la materia, más empieza por tomar á esta la extensión.

Repito, pues, que las ideas no manifiestan el ser en sí de las cosas, sino solamente su carácter objetivo que pertenece todavía al fenómeno y este mismo carácter no le comprenderíamos, si no conociésemos por otra vía la esencia de las cosas, (de una manera confusa é

intuitiva, al menos. Las ideas y en general el conocimiento puramente *objetivo* no pueden llevarnos á penetrar en esa esencia, que permanecería sumida para nosotros en eterno misterio, si no pudiésemos tener acceso á ella por otro camino diferente. Pero como el sujeto que conoce, es al mismo tiempo individuo, y forma parte de la naturaleza, esto es lo que le abre una senda en su propia conciencia individual, para penetrar hacia lo interior de la naturaleza y así es, como ella se le manifiesta más directamente, en forma de voluntad.

Lo que considerado como *pura* imagen objetiva, como pura forma ajena al tiempo y á todas las relaciones, constituye la idea platónica, considerado empíricamente y en el tiempo constituye la *especie* ó *género*: esto es pues, el correlativo empírico de la idea. Solo la idea es propiamente eterna, pero la especie tiene una duración infinita, aunque su fenómeno pueda extinguirse en algún planeta. Sus nombres mismos se derivan el uno del otro: *idea*, *ειδος* (*species*, especie). La idea es especie (*species*), pero no es género (*genus*), pues las especies están establecidas por la naturaleza y los géneros son obra del hombre, es decir que no son más que puros conceptos. Existen especies naturales (*species naturales*) pero no hay más que géneros lógicos (*genera logica*). Para los productos artificiales no existen ideas, sino únicamente conceptos, *genera logica*, cuyas subdivisiones son *species logicas*. A lo que he dicho sobre este particular en el primer volumen, debo añadir que, los platónicos, según Aristóteles, no admitían que hubiese ideas de los productos artificiales. Por otra parte, la teoría de las ideas viene de Pitágoras, si hemos de creer lo que cuenta Plutarco en el libro *De placitis philosophorum*.

El individuo tiene su raíz en la especie, y el tiempo la suya en la eternidad, y así como el individuo es individuo en cuanto que lleva en sí los caracteres esenciales de la especie, no hay duración en el tiempo que no exista también en la eternidad. En el libro siguiente, he consagrado un capítulo especial á la vida de la especie.

En el § 49 del primer volumen, hice notar suficientemente la diferencia entre la idea y el concepto. En cuanto á su semejanza consiste en lo que sigue. La unidad primitiva y esencial de la idea está dividida y diseminada en la pluralidad de las cosas individuales, para el individuo que conoce, en virtud de su percepción sensible y cerebral. Después restablece él esta unidad por medio de la reflexión y del raciocinio, pero solamente en abstracto como *concepto*, como *universalisale*. Este concepto, que iguala á la idea en comprensión, ha revestido una forma diferente que le priva de la posibilidad de ser objeto de la intuición, así como de la de ser perfectamente determinado. En tal sentido y no en otro es como, empleando el lenguaje escolástico, se podría designar á las ideas como *universalia ante rem* y á las nociones abstractas como *universalia post rem*. Entre ambas se hallan las cosas individuales, de que el animal tiene también conocimiento, como nosotros.

Estoy convencido de que, el realismo de los escolásticos, nació de que confundieron las ideas platónicas, á las cuales se puede atribuir una existencia objetiva y real, puesto que son al mismo tiempo especies, con los meros conceptos, á los cuáles los realistas quisieron atribuir de igual modo semejante existencia. Esto fué lo que provocó la oposición triunfante de los nominalistas.